

DÍA I

Como George era un buen novio, no lo maté; ahora bien, le rompí el corazón. Me regaló este Mustang, con el que voy a ir a Seattle, para plantarme delante de su casa, tras lo cual él bajará las escaleras del porche corriendo, meterá la cabeza por la ventanilla y me besará. Entonces, todo irá bien.

Pero antes de llegar ahí, tengo que decidir qué voy a hacer con Jack; con el novio malo, al que sí he matado.

Este es el primer viaje largo en coche que hago en mi vida y tengo que sacarlo del maletero antes de que concluya.

Odio el calor húmedo, los insectos y la atmósfera putrefacta de Nueva Orleans.

No sé por qué se me ocurrió pensar que podría hacer de este lugar, que apesta a sudor, moho y muerte, mi hogar.

Y no me explico cómo dejé a George en Atlanta para estar con Jack en un sitio como este.

Pero da igual, no hace falta explicárselo ni saber por qué.

Se dice que se debe pensar en lo que te aguarda, no en lo que dejas atrás.

Nunca he estado en Seattle, pero sé que es un lugar donde podré quedarme.

Solo tengo que ir al norte y al oeste. La verdad es que no puede ser más fácil.

Según dicen, el huracán hará que se alce el mar, que enterrará esta ciudad. Pues que lo haga. Yo me habré ido hace tiempo.

No quiero un plan para este viaje. Ya estoy harta de estructurar las cosas. Jack era escritor y profesor universitario y tenía plane-citos para todo: para el día a día, para las clases, para las historias que estaba escribiendo.

Y cuando las cosas no le salían como había planeado, Jack se volvía un gilipollas integral.

Debería darte vergüenza, Jack.

Sé que, después del atardecer, estas carreteras vacías se van a llenar con toda la gente que huirá del huracán. No sé adónde irán, pero estoy segura de que no tan lejos como yo.

Supongo que tendrán que recoger casi todo lo que han acumulado en su vida. Yo, sin embargo, llevo muy pocas cosas conmigo: un dentífrico, un cepillo de dientes, dos mudas y un estuche de maquillaje.

Y a Jack.

A lo mejor no debería habérmelo llevado.

George es un bonachón, no se parece en nada a Jack. Quizá no sea el hombre más guapo del mundo, tal vez no posea ese carácter fuerte que tiene la gente como Jack, pero es bueno en la acepción más sencilla que la gente suele dar a esa palabra. Desde el principio, debería haber sabido que era el que más me convenía, pero yo era demasiado joven e inexperta.

Aunque eso da igual, ya que, después de lo que le pasó a mi hijo Danny, no estaba preparada para lo que George tenía que ofrecerme. Pero ahora sí lo estoy.

Jack era fuerte, apuesto y tenía mucha vitalidad; unas virtudes que también cuentan con un lado oscuro. Si bien consiguen que

un hombre sea atractivo, también lo hacen incapaz de amar de verdad. Pese a que Jack quería que fuera suya, nunca intentó conocerme realmente. En privado, quería que fuera su público y lo admirase.

Ahora, ¿qué piensas de tu club de fans, Jack?

Hace cinco horas estaba vivo.

Y yo era su prisionera.

Seguía siendo una adicta a la idea de su afecto y al roce de su polla.

Jack solo era un hábito.

Y romper con él de este modo resulta muy emocionante.

Lo que me está sucediendo es una especie de historia de amor, en la que soy la heroína. En ella, Jack sería el dragón y yo habría tenido que matarlo para escapar de la cueva donde me tenía encerrada. En este cuento de hadas, George es como la Bella Durmiente.

Entonces, sale el sol y me encuentro huyendo de esta manera, preguntándome si lo lograré.

Al norte y al oeste.

Solo tengo que librarme de Jack de una vez por todas.

Hay mucho tráfico en la interestatal. Un coche me adelanta a toda velocidad y se coloca justo delante de mí. En cuanto freno, oigo cómo el cuerpo de Jack se mueve en el maletero. Solo lleva puesto un albornoz y los pantalones del pijama. La última vez que le he mirado a los ojos los tenía abiertos, pero se podía ver perfectamente en ellos que estaba muerto.

Si bien Jack es la primera persona que he asesinado, no es el primer muerto que veo. A mi propio hijo también lo vi muerto. Y a más gente, como los padres de mi madre, que fallecieron en un accidente de coche y cuyos cadáveres fueron expuestos uno junto al otro en la funeraria.

Dicen que se aprende algo cuando la gente muere; tal vez sea verdad.

Una mañana, en una cafetería donde Jack estaba leyendo el periódico, vimos pasar a un par de hombres por la calle. Uno de ellos sostenía un arco y una flecha, cuya punta rozaba la parte posterior del cráneo del otro. El tipo del arco mascullaba sin cesar: «Sigue, sigue...». El otro era un negrito bajito vestido con un traje de *sirsaca*, que no miraba a los lados sino que mante-

nía la vista siempre hacia el frente, como si temiera tropezarse. Jack estaba enfadado porque lo había seguido hasta la cafetería; había alzado la mirada por encima del periódico y me había dicho que le había fastidiado su ritual dominical, que consistía en tomar un café por la mañana y leer la prensa, por lo cual algo malo iba a suceder. Entonces había vuelto a sumergirse en la lectura del periódico y, poco después, ambos hombres habían aparecido por la acera. En cuanto vio la situación, un tipo que se encontraba junto a nosotros se levantó de su sitio. En el momento justo, saltó por encima de la pequeña valla de la cafetería y derribó de un golpe al tipo que portaba el arco y las flechas. Por un momento pensé que todo iba a ir bien. Pero, acto seguido, comprobé que el negro se tambaleaba hacia delante y hacia atrás y que la parte emplumada de la flecha, cuya punta se hallaba ahora dentro de su cabeza, sobresalía de la parte trasera de esta. Seguía sin mirar otra cosa que no fuera la acera y, entonces, cayó de bruces. Una mujer cubierta de arrugas y ataviada con un vestido de flores se acercó corriendo al herido y recogió una muestra de

la sangre que manaba de la herida con un pañuelo blanco.

Jack vomitó.

Le cogí de la mano y lo ayudé a ponerse en pie mientras se limpiaba la cara con una servilleta. Un momento después, hizo ademán de sacarme de ahí. Yo quería preguntarle para qué quería esa mujer la sangre, pero tras oler su vómito me di cuenta de que era imposible que él supiera la respuesta a esa cuestión.

De hecho, en ese mismo instante fui consciente de que no era más que un sabiondo.

Me da la sensación de que soy incapaz de apretar a fondo el pedal. Le ordeno a mi pierna que pise a fondo y, por un momento, me obedece, pero luego parece olvidarse de esa orden.

Quiero echarle un vistazo.

Noto una presión que va a más en el estómago y en el pecho, y sé que la única manera de librarme de esa sensación es parar, abrir el maletero y cerciorarme de que está muerto.

Aunque, claro, no lo hago solo por eso.

¿Quién sabe realmente por qué quiero verlo? Además, ¿quién quiere saberlo?

Detenerse en una interestatal tan concurrida es una gran estupidez, pero no siempre se puede actuar de un modo inteligente. A veces hay que correr riesgos. Como cuando asesiné a Jack. Como cuando los hombres de las cavernas jugaban con el fuego, a lo que acabaron sacando un gran provecho. Como cuando los pioneros americanos cruzaron el país a pesar de que estaba repleto de osos, indios y soledad.

Los coches, camiones y todoterrenos pasan zumbando junto a mí a ambos lados. Intento cambiar de carril, pero entonces alguien toca el claxon y tengo que volver bruscamemente al mío.

No pierdas la cabeza, me digo a mí misma.

No te ofusques, me digo a mí misma.

Pon el intermitente y, tarde o temprano, alguien te dejará pasar.

Escucho cláxones, veo a gente que me saca el dedo y a una rubia gorda que me grita desde el asiento del pasajero.

Escucho y veo todo esto como si fuera algo que viera y escuchase en la televisión.

Entonces, por fin, no sé si por accidente o por pura suerte, logro echarme a un lado de la carretera y freno para poder parar len-

tamente. Salgo del coche y, mientras rodeo la parte frontal del Mustang y paso junto al asiento del pasajero, noto que estoy temblando un poco. A continuación, procuro colocarme de tal modo que los coches que circulan por la carretera no puedan ver qué hay en el maletero cuando lo abra.

Respiro hondo y, al exhalar, me doy cuenta de lo cansada que estoy.

Acto seguido, abro el maletero.

Jack tiene las rodillas dobladas y está tumbado boca arriba en el cubículo. Su cara sobresale de la sábana con la que lo he envuelto. Por una de sus fosas nasales rezuma una sangre viscosa y también tiene los dientes manchados de sangre. Me valgo de la sábana para limpiarle la cara y así Jack queda mucho mejor. Tiene una expresión de perplejidad dibujada en su semblante, como si estuviera pensando en algo que le preocupa.

Aparte de eso, tal vez se encuentre más pálido de lo normal. E incluso quizá tenga los labios más lívidos de lo habitual. Básicamente, se ve que está muerto, aunque no se puede saber de qué ha palmado. En general, parece hallarse bastante rígido. Sé que esto es el

rígor mortis. Hice dos cursos de Biología y aprendí bastantes cosas sobre esta fase de la descomposición. Sé que las bacterias que solían alimentarse del contenido del intestino de Jack a estas alturas se están alimentando de su propio intestino. Sé que pronto se abrirán camino a través de él y empezarán a devorar los órganos que lo rodean.

Han estado conteniendo su glotonería hasta este preciso momento. Se están dando un festín con Jack.

En poco tiempo se habrán comido todo lo que hay para comer. Entonces, Jack habrá desaparecido para siempre y de verdad.

Recuerdo que en clase vimos unos vídeos sobre cómo se descomponía una cría de cerdo a cámara rápida. No sé cómo murió, pero tras ver la forma en que se hinchaba por culpa de los gases y se estremecía por acción de los insectos que la invadían, como si intentara volver a la vida, sentí cierta compasión por el cerdito, como si fuera mi mascota y mantuviera algún lazo afectivo con él. Después observamos cómo se pudría.

Lo cual me hizo pensar en mi hijo Danny.

Fue entonces cuando dejé de comer bacon, chuletas de cerdo y cualquier otra cosa que procediera de un puerco.

Llevo quieta demasiado tiempo. Solo escucho el ruido del tráfico en la interestatal y el zumbido de los insectos que pululan por la alta hierba que se alza junto a ella.

No quiero que esas moscas infesten el maletero de mi coche ni que pongan huevos de los que salgan gusanos.

Jack se merecía morir, pero no quiero que esos bichos infesten su cadáver.

Llevo un insecticida en la guantera. Cierro el maletero y recorro con la mirada la carretera, observo los coches pasar y no detecto nada que indique que alguien se haya percatado de algo raro; probablemente, toda esa gente es incapaz de imaginarse que en su camino puede cruzarse un cuento de hadas.

Yo solía ser uno de ellos. O quizá no. Tal vez nunca fui como los demás.

Saco el bote de insecticida y lo agito mientras regreso a la parte trasera del coche. A continuación, abro de nuevo el maletero y fumigo toda la sábana que cubre a Jack. Al

final, me armo de valor y le rocío la cara con insecticida. Las mejillas, la frente y la punta de la nariz le brillan un instante y, acto seguido, parecen absorber el aerosol.

Como el bote está ya casi vacío, rocío el maletero con lo que queda y luego lo cierro.

Podría haberme ahorrado todo este lío con Jack.

Sé que podría haberlo dejado en el apartamento para que la inundación, que dicen que va a producirse, se lo llevara.

Si hubiera obrado así, solo yo y mi Mustang iríamos ahora en busca de George.

Supongo que no estaba preparada para hacerlo.

Pero te acabaré dejando, Jack.

Pienso en esa chica, Kimberly, en esa estudiante suya de la que él tanto se reía porque había decidido mudarse a una casa situada al otro lado de la misma calle donde nosotros vivíamos. O tal vez se reía de mí porque le comenté que esa chica se había mudado para intentar estar cerca de él. Aunque le advertí a Jack que debía tener cuidado con ella, él se limitó a observar por la ventana las cajas de la mudanza de la joven y a

echarse a reír. Una luz se encendió en casa de Kimberly anoche de madrugada, justo cuando yo salía del garaje con Jack metido en el maletero del coche.

Mientras conduzco, no puedo evitar preguntarme si eso fue una coincidencia o no.

Qué bonita es esta carretera.

Sé que lo lograré, a menos que cambie de parecer por mí misma o que un elemento externo me obligue a cambiar de opinión antes de llegar a Seattle.

Agarro con firmeza el volante y piso el acelerador sin ningún problema. Todo va bien. He girado hacia el norte en una autopista, donde una mínima parte del tráfico se apartaba de la vía principal. Los árboles rodean la carretera y la mitad del cielo es de un azul claro. Tengo la sensación de que, prácticamente, podría seguir conduciendo eternamente.

Llegar a Seattle debería ser coser y cantar.

Aunque, claro, sé que eso no va a ser así.

Todo camino de baldosas amarillas atraviesa unos cuantos bosques siniestros.

Para poder llegar al final feliz de este cuento de hadas, debo superar antes unos

cuantos obstáculos. Lo que pierdes en ellos es el precio que hay que pagar por obtener lo que deseas.

Jack enseñaba a sus estudiantes a escribir historias. Sé todo lo que hay que saber sobre los personajes que se embarcan en estos viajes iniciáticos.

Lo lograré. Sé que puedo hacerlo. Y lo haré.

Si no anduviera corta de gasolina, no pararía hasta llegar a Seattle.

Pero esta no es una de esas historias donde gracias a la magia puedes quebrantar las leyes de la naturaleza.

Veo un grupo de edificios y me detengo. Entre ellos hay una gasolinera de esas que aún tienen esos surtidores antiguos. Al otro lado de la carretera hay un restaurante. En el aparcamiento de la gasolinera se encuentra un camión en cuyos laterales metálicos se abren unos agujeros del tamaño de una mano. Creo que es de los que se suelen utilizar para transportar cerdos, pero este está lleno de gallinas. Debe de haber más de trescientas hacinadas ahí dentro; están sucias y tienen pinta de enfermas.

Al principio intento ignorarlo, pero no puedo.

Esos animales deben de ir de una oscura y siniestra jaula a otra, donde aguardan la muerte abatidos y hacinados. Creo que sería mejor que ese camión estallara y estas gallinas se adentraran en el olvido.

Pero no puedo hacer que ese camión estalle.

No puedo hacer nada por ellas.

Lo único que puedo hacer es echar gasolina y largarme. En la gasolinera predomina ese olor a limpio que siempre me ha gustado. En el interior, solo hay una mujer tras el mostrador. Es vieja y gorda y tiene el pelo gris y rizado.

—¿Ha visto ese camión que hay ahí fuera? —le pregunto.

—Sí.

—Es una pena.

Pese a que no dice nada, puedo deducir que no opina lo mismo que yo. En realidad, puedo deducir que no piensa en nada. Con casi absoluta seguridad, ha trabajado aquí toda su vida (quizá incluso sea la dueña de este establecimiento), pero no le gusta su trabajo. Tal vez, en su día, creyera que alguien

vendría a salvarla, o quizá siempre supo que, si quería salvarse, tendría que hacerlo ella sola.

Le pago la gasolina y me marchó.

Antes de entrar en el coche, se me ocurre una idea. A pesar de que no puedo hacer estallar el camión, a pesar de que no puedo rescatar a todas esas gallinas, sí puedo salvar a una de ellas de su mísera existencia.

En esta historia, no solo soy mi propia heroína, sino que también soy capaz de rescatar a otros personajes.

Me dirijo a la parte de atrás del camión y algunas de esas gallinas alzan la vista hacia mí. Como son todas muy parecidas y no quiero tener que elegir, mi intención es coger una al azar y salir corriendo.

En cuanto George baje las escaleras de su casa, meta la cabeza por la ventanilla y me bese, le diré: «Mira lo que te he traído».

Y él sonreirá.

No cuenta con una cerradura, solo con un viejo pestillo que está echado. Tengo que golpearlo varias veces con la palma de la mano para que se afloje y se suelte. En cuanto veo que tengo la mano manchada de sangre, me siento más tranquila, como si hubie-

ra pagado el precio que he de pagar por lo que voy a hacer y ya no fuera un acto tan horrible.

La puerta cruje al abrirse y se abre más de lo que yo pretendía. Casi la mitad de las gallinas cobra vida al instante. Varias de ellas se ponen en pie, cloquean y baten las alas. Antes de que pueda reaccionar, dos gallinas atraviesan la puerta abierta de un salto. Ahora prácticamente la mitad de las aves se encuentran empujándose unas a otras mientras cloquean.

—Shhh —les ordeno, aunque sé que no va a servir de nada.

Las dos que han saltado del camión ahora andan dando vueltas. Decido que la primera que coja la devolveré a su sitio y que me quedaré con la segunda. Sin embargo, antes de que pueda hacer nada, se produce un alboroto aún mayor dentro del tráiler. En medio de ese amasijo de aves, una gallina salta hacia la derecha, se golpea con el lateral de acero y vuelve a caer sobre las demás. Acto seguido, brincan unas cuantas más y un par de ellas logran salir del camión. Ahora, las que han conseguido salir corren de aquí para allá. Entonces rodeo con ambas manos a una gallina

que se ha posado en la puerta del camión, le sujeto las alas con fuerza y se las aplasto contra su propio cuerpo para que no pueda golpearme con ellas. Después me quedo ahí de pie durante un segundo, mientras noto los latidos de su corazón. Tres o cuatro gallinas más saltan del vehículo. Veo que varias se dirigen hacia la carretera.

— ¡No! — grito.

Mi chillido provoca que se alboroten aún más dentro del camión y esto causa a su vez que otra tanda de gallinas, a las que tengo que esquivar, salga de golpe de ahí. Entonces, la gallina que encabeza la marcha de las fugadas se adentra en la carretera. Un coche la atropella y el animal sale volando hasta aterrizar justo sobre la línea amarilla, donde el mismo automóvil pasa por encima de ella. En este instante, me percató de que otro coche viene detrás del primero y de que un camión se acerca en dirección contraria. Cierro los ojos y escucho varios golpes sordos. Las gallinas que han sobrevivido corren de un lado a otro cacareando, las que siguen en el camión también cacarean y la que tengo en las manos lo mismo.

Por un momento intento imaginarme que todo es un sueño.